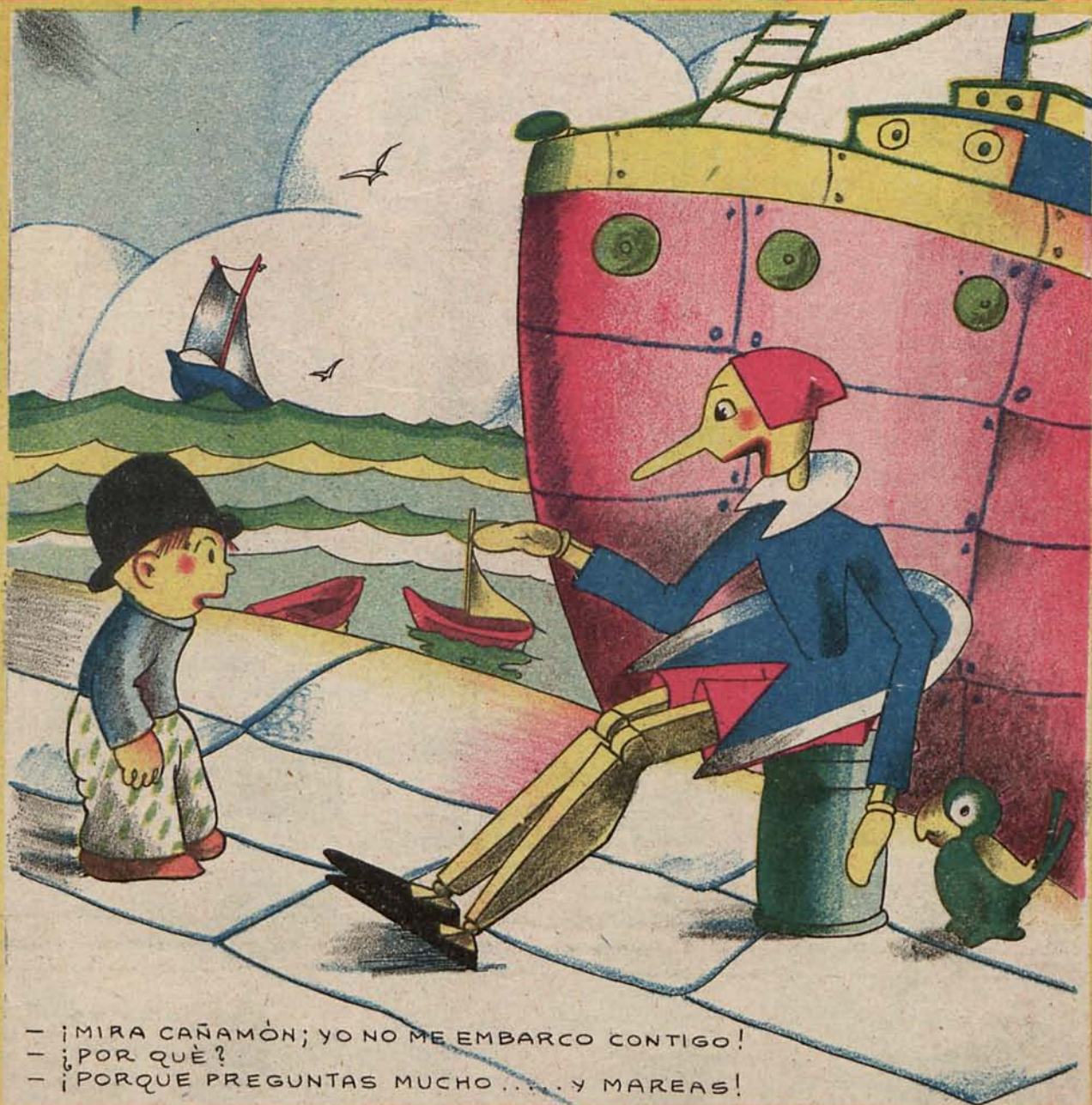


# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 237

25 cts

1 SETIEMBRE  
1929



- ¡MIRA CAÑAMÓN; YO NO ME EMBARCO CONTIGO!  
- ¿POR QUÉ?  
- ¡PORQUE PREGUNTAS MUCHO... Y MAREAS!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

aguardaba a Fritz y a mí una sorpresa inimaginable. Esperando en el

vestíbulo, estaba el joven de la carta quien, saliendo al encuentro de James, le entregó un pliego.

»—Está bien. Gracias—dijo nuestro amigo sacando de la cartera un billete de cinco libras esterlinas—. Tome; esto para usted.

»Doblóse el muchacho servilmente hasta el suelo casi, balbuceó un «gracias, mi amo» y, volviendo las espaldas, salió con ágil paso del vestíbulo.

»Pero aun no había acabado James de leer la carta traída por el joven, cuando hizo un movimiento de impaciencia y sin decirnos una palabra a los que, sorprendidos y silenciosos, acabábamos de asistir a la rápida escena, se lanzó fuera del Hotel. Volvió a los pocos minutos con una viva contrariedad pintada en el semblante.

»—¿Puede saberse—pregunté yo—qué quiere decir todo eso?

»— ¡Que ya voló el chico, cuerno!

»—Pero ¿qué más le querías?

»—Leed—se contentó con responder James. Y nos presentó la carta que va adjunta:

Franco interrumpió su lectura y me enseñó la carta en cuestión. Estaba escrita en una hoja timbrada en el *Restaurant Riche House* de Aden y decía:

«Mi querido señor Facy:

»No es posible que los amigos me encuentren aun aquí, puesto que no llegarán hasta mañana por la noche habiendo tomado la línea de

Venecia que termina en Massauah. Dirá usted a Köwaes que no se deje engañar por las falsas direcciones de los periodistas. Uno de ellos, si no todos, está encargado de dar con el paradero de Larouchy y es absolutamente necesario no perder de vista ni a uno solo.

»Salude usted a Foichant y dígame que espero noticias suyas, de Köwaes y también de Armagnac, si él las ha recibido, en la oficina de correos de Colombo.

»Para usted mis cordiales saludos. Suyo

J. FAYOLLET.»

—¡Köwaes!—exclamé cuando Franco hubo acabado de leer la carta. ¿Dice bien Köwaes?

—¡Kö-wa-es!—repitió el abogado silabeando el nombre famoso—. Ni más ni menos.

—Pero ¡si es extraordinario! ¡si es increíble! ¡Segismundo Köwaes! ¿Estaremos, pues, sobre la pista de Segismundo Köwaes?

—Sí, estamos abocados al peligro de ganar la prima de ciento cincuenta mil francos ofrecida por la captura del celeberrimo ladrón.

Segismundo Köwaes, el inasequible estafador era en aquellos tiempos una verdadera celebridad mundial. Había empezado su afortunada carrera con la notoria estafa colosal al Banco de Valence. Llevada a efecto con una pasmosa habilidad, esa hazaña, y el proceso consiguiente, habían interesado a la prensa de todos los países, que divulgó los más menudos pormenores y reprodujo, en hojas ilustradas, el retrato del ladrón. Preso y condenado, el tal Köwaes lograba evadirse al año siguiente, y se disponía a mantener la promesa que hizo al juez de hacer hablar más de sí. Fueron, efectivamente, obra suya, los robos al Banco de Mónaco, al Crédito Central, a la Embajada rusa, a la Joyería Klæge y Schlegelmilch de Berlín, al príncipe Carocci, al Municipio de Brujas y otros que no acierto



a recordar y enumerar ahora. Pero ¡de quién sabe cuantos más latrocinios cuyos autores no se había podido nunca descubrir, había sido el alma y el brazo el infatigable e incoercible Kōwaes! En lo sucesivo, la opinión pública hizo costumbre de designar a Kōwaes y a los cómplices que seguramente habría de tener, como responsables de los frecuentes robos de consideración que quedaban impunes por desconocerse a los autores. Y se tenía por indudable que el ladrón rocambolesco era ya millonario.

La insospechada y estupenda noticia, esclareció de súbito en mi mente muchos puntos oscuros todavía del caso D'Alimand.

—¡Ah!—murmuré—la participación de Kōwaes en el robo del Arsenal explica muchas cosas que parecían inexplicables. Por ejemplo, los grandes recursos de que disponen nuestros adversarios para las persecuciones de que hacen objeto a nuestros compañeros. Y ¡claro está! el ilustre Kōwaes no quiere dejarse descubrir, y quiere evitar a toda costa que el inoportuno arrepentimiento de uno de los cómplices venga a arruinar a todos los demás... ¡Y entre ellos está un Fayollet, banquero, y un Armagnac, alto funcionario del ministerio de Marina! ¡Cáspita!... ¡Hay para preocuparse! Los bandidos defienden bien su vida; porque, si llegaran a ser descubiertos y detenidos, no se trataría solamente ya de la ruina total y de la deportación perpetua, sino de la pena de muerte. El robo del Arsenal costó la sangre de una víctima y la honra de un inocente... ¡Los verdaderos culpables serían severamente castigados!

—Serán severamente castigados, no lo dudes... Yo los veo ya a todos, sobre el tablado de la guillotina, incluso al Kōwaes... Allá... ¡chac!... Su cabeza cae al cesto y a nuestros bolsillos los ciento cincuenta billetes de a mil...

—¡Dios mío! ¡Qué fantasía truculenta y jocosa al mismo tiempo! Però... ahora pienso... ¿Qué podrán hacer nuestros amigos teniendo por competidor a un bribón matriculado, de tales hechuras?

—¡Bah! harán lo que has hecho tú, y es de esperar que no salgan peor del paso.

—¡Qué! ¿según tú, mi perseguidor sería...?

—Segismundo Kōwaes, en persona.

—¡Demonio! ¿Tú crees...?

—No cabe duda alguna. Kōwaes, conforme a la carta de Fayollet, habría debido llegar a Aden el 9 de septiembre, ¿no es verdad?

—Sí; la carta así lo dice.

—Ahora bien: el vapor de la línea veneciana que termina en Massauah, zarpa de Suez el 4 de septiembre, el mismo día en que a ti te agredieron en Medinet-el-Fajum. Dado el golpe, los dos tunantes, sin tomar el camino del Cairo y de Port-Said, que hubiera sido demasiado largo, deben de haber marchado campo a través, sirviéndose tal vez de camellos, y llegado a tiempo para embarcar en el vapor.

—Y entonces, según tus inducciones, el otro compadre, el hombre tosco y membrudo que estaba con mi perseguidor, ¿sería el ex-contramaestre Foichant?

—Precisamente. Y ese sería, por lo menos hasta ahora, el único responsable del delito de Tolón, porque, de los tres, contumaces, el Larouchy, si no ha muerto, debería estar moribundo, y el Garré ha sido asesinado en París en la forma que conocemos.

¡Jesús, qué lío! ¡Qué tupida red de complicidades y encubrimientos! Y Kōwaes habrá sido el organizador... ¡Hombre más endiablado...! Pero Fayollet ¿quién es y qué parte tiene...?

—La carta de Ralph dice que es un banquero de París. En efecto, el Sr. D. Jacobo Fayollet, gerente del Banco Fayollet y Compañía en la calle del 4 de Septiembre, no se encuentra ahora en París...

—Y ¿dónde podría estar?

—El director del Banco me ha informado amablemente de que en la actualidad está aquél en la Riviera por motivos de salud...

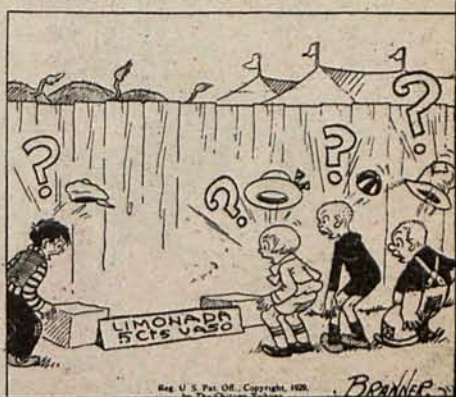
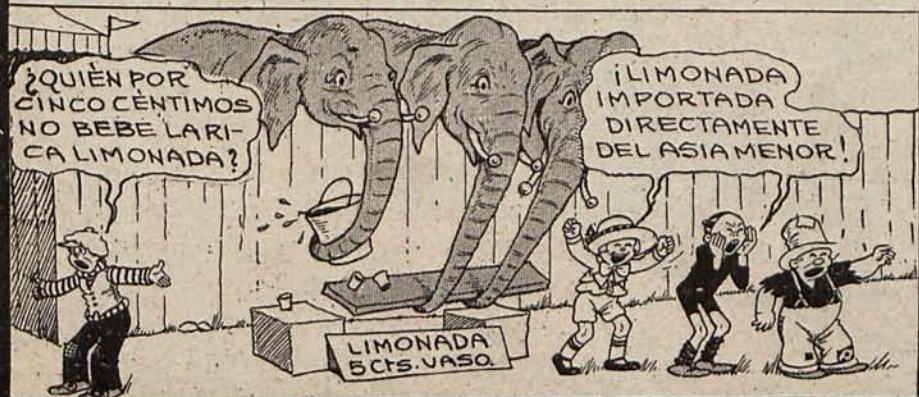
—¡Chistosos motivos de salud! Pero Aden, que yo sepa, no está en la Riviera...

(Continuará en el próximo número)





# COLORÍN Y SU PANDILLA





# La capitana del "Columbia" E. Algará



6.

Era ya bien entrada la noche, una de esas noches de espesa niebla que la helada brisa impulsa en oleadas inmensas sobre las playas de Nueva Escocia, y en la modesta casita del viejo Helen, no obstante, se velaba aún.

Aquel lobo de mar a pesar de sus setenta años había rehusado con insistencia acostarse y estaba sentado al lado de la estufa prestando oído atento a los aullidos del viento y al mugido formidable de las olas que el mar lanzaba con ímpetu irrefrenable contra la pequeña bahía de Selburne.

Por el contrario, casi podría apostarse con seguridad de ganar, que todos los demás pescadores jóvenes y viejos dormían a pierna suelta.

Ana, la hija del viejo capitán viendo que su padre se obstinaba en no meterse en el lecho se sentó también junto a la ventana resuelta a hacerle compañía.

Desde luego parecía que compartía las mismas inquietudes que el anciano porque con frecuencia se levantaba, miraba al través de las vidrieras como si tratase de descubrir algo al través de las densas tinieblas que envolvían la playa y se incorporaba hacia adelante conteniendo la respiración para poder oír mejor los fragores lejanos.

Ana Helen tenía entonces cuarenta años. Su estatura era algo mayor que mediana, tenía la tez morena, fisonomía enérgica e inteligentísima embellecida por dos ojos grandes y negros, limpios y rasgados.

Había quedado huérfana de madre desde su más tierna edad y su padre que la adoraba en vez de abandonarla en manos extrañas se la llevaba consigo en su barco, haciéndola emprender viajes larguísimo por China, por Australia, por India y por Europa.

La joven americana, pues, había ido creciendo mecida por las olas y fácilmente se habituó a los peligros de las grandes travesías demostrando durante las tempestades un valor que tanto los marineros como su padre le envidiaban.

Para distraerla el viejo capitán le había enseñado todos los tecnicismos de la marinería las maniobras de vela y timón, cálculos astronómicos y Geografía consiguiendo hacerla tan práctica que los marinos la llamaban la *pequeña capitana*.

Habiendo envejecido mucho su padre y







por estar algo quebrantada su salud se tuvo que retirar de su profesión y ella también le acompañaba en tierra, habiéndose ido a vivir al pequeño puerto de Selburne, en Nueva Escocia, con los modestos ahorros producto de su vida de trabajo.

Pero Ana no había olvidado las lecciones de su padre y en muchas circunstancias demostró su habilidad marinera y su valor salvando a no pocos barcos de pesca combatidos por las borrascas contra las costas salvajes de Nueva Escocia. Aquella tarde, un poco antes de ponerse el sol, el viejo capitán desde lo alto de un promontorio había visto a gran distancia un gran buque que luchaba trabajosamente contra el oleaje y las corrientes sin lograr refugiarse en las bahías de la costa.

—Ana—dijo al entrar en la casita donde ardía un buen fuego—Temo que esos pobres navegantes van a pasar una mala noche.

Estoy casi seguro de que no tardaremos mucho en oír el cañón de alarma o de que les acontezca algo trágico.

—¡Quizá te engañes, padre!—contestó la valerosa mujer.

—Un viejo marino como yo es raro que se equivoque y yo no podré pegar los ojos esta noche preocupado con lo que pueda pasarles. La niebla es cada vez más espesa y el desgraciado barco no llegará a entrar en nuestra bahía sin que choque contra algún escollo.

—Pues bien, me quedaré haciéndote compañía y si oyésemos los cañonazos de alarma yo iré a llamar a los pescadores. Ana Helen se mostrará otra vez digna de su padre.

Para estar mejor dispuesta al auxilio, se puso el capote de tela impermeabilizada y se sentó al lado de la ventana pronta a desafiar cualquier peligro en el que alguien la necesitase.

El temple de aquella valerosa dama era tal que nunca temblaba y se sentía siempre capaz de intentar cualquier acto de heroísmo.

Como dijimos, la noche había sobrevenido sin crepúsculo casi, muy rápidamente y la niebla formada por la corriente del *Gulf-stream* cuyas aguas aun conservaban algo del calor aunque venían de regiones frías del norte, habían cubierto totalmente el océano.

El buque que su padre había divisado no debía encontrarse en muy buena situación pues las oleadas inmensas empujadas por un viento fortísimo se estrechaban contra las playas de Nueva Escocia revolviéndolo todo.

Ana y el viejo capitán escuchaban siempre con ansia creciente esperando oír quizá alguna vez entre el fragor de las ondas gritos lejanos invocando socorro. Silbaba el viento estrepitosamente haciendo trepidar los vidrios de las ventanas y las maderas de la casita y aullaba de un modo siniestro al pasar por

*(Continuará en el próximo número)*





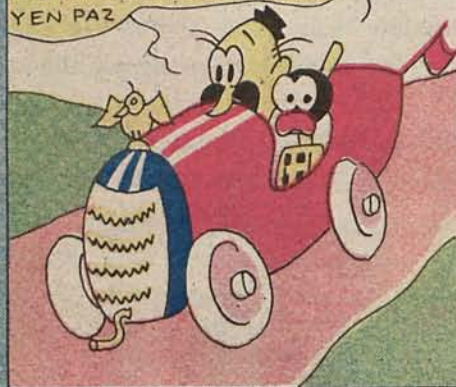


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

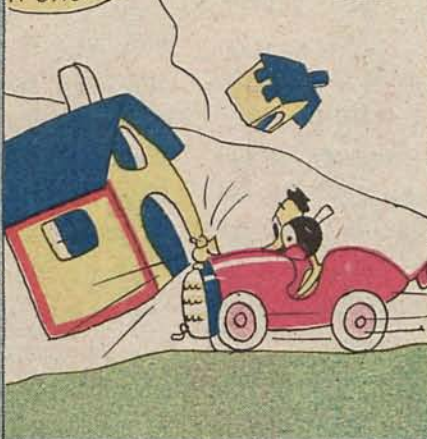


FÍJENSE COMO NOS MIRAN LOS PINOCHISTAS. SE CREERÁN QUE LES VAMOS A HACER ALGUNA HISTORIETA

NO LES HAGAS CASO. NOSOTROS NOS VAMOS A TOMAR BAÑOS Y EN PAZ



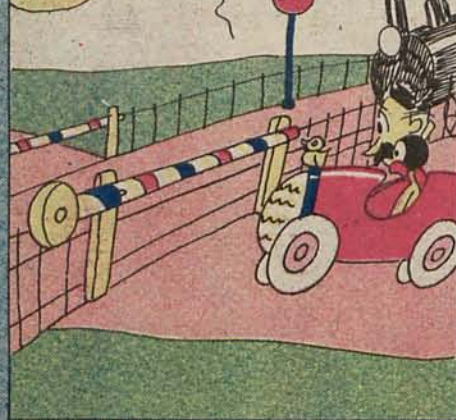
YO NO SÉ PARA QUÉ PONDRÁN ESTAS CASAS ENMEDIO DEL CAMPO. GANAS QUE TIENE LA GENTE DE FASTIDIARLE A UNO



PUES ¿Y ARBOLITOS? ¿TE HAS FIJADO LOS QUE HEMOS TENIDO QUE QUITAR DE ENMEDIO?

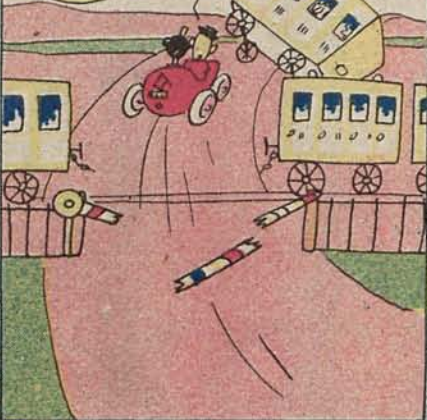


¡VAYA UNAS HORITAS DE PASEAR QUE TIENE EL EXPRESO! ¡YA PODÍA MADRUGAR UN POQUITO MÁS!



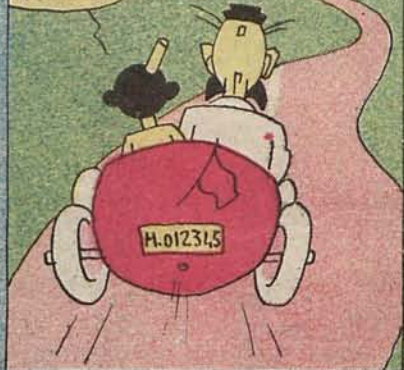
LO HEMOS PARTIDO POR LA MITAD, DON TURU

QUE NO SE HUBIERA PUESTO EN LA CARRETERA



A MI, ESTO DE VER MORIR LA TARDE ME PONE TRISTÍSIMO

QUÉ SE LE VA A HACER DON TURU. HAY QUE MIRAR POR LOS QUE QUEDAN



¡CUIDADO CON EL SOL, DON TURULATO, QUE ESTÁ ENMEDIO DE LA CARRETERA!



¡BUENA LA HA HECHO USTED! ¡NOS HA DEJADO A OSCURAS!

PUES NO SERÁ PORQUE NO LE HAYA TOCADO LA BOCINA

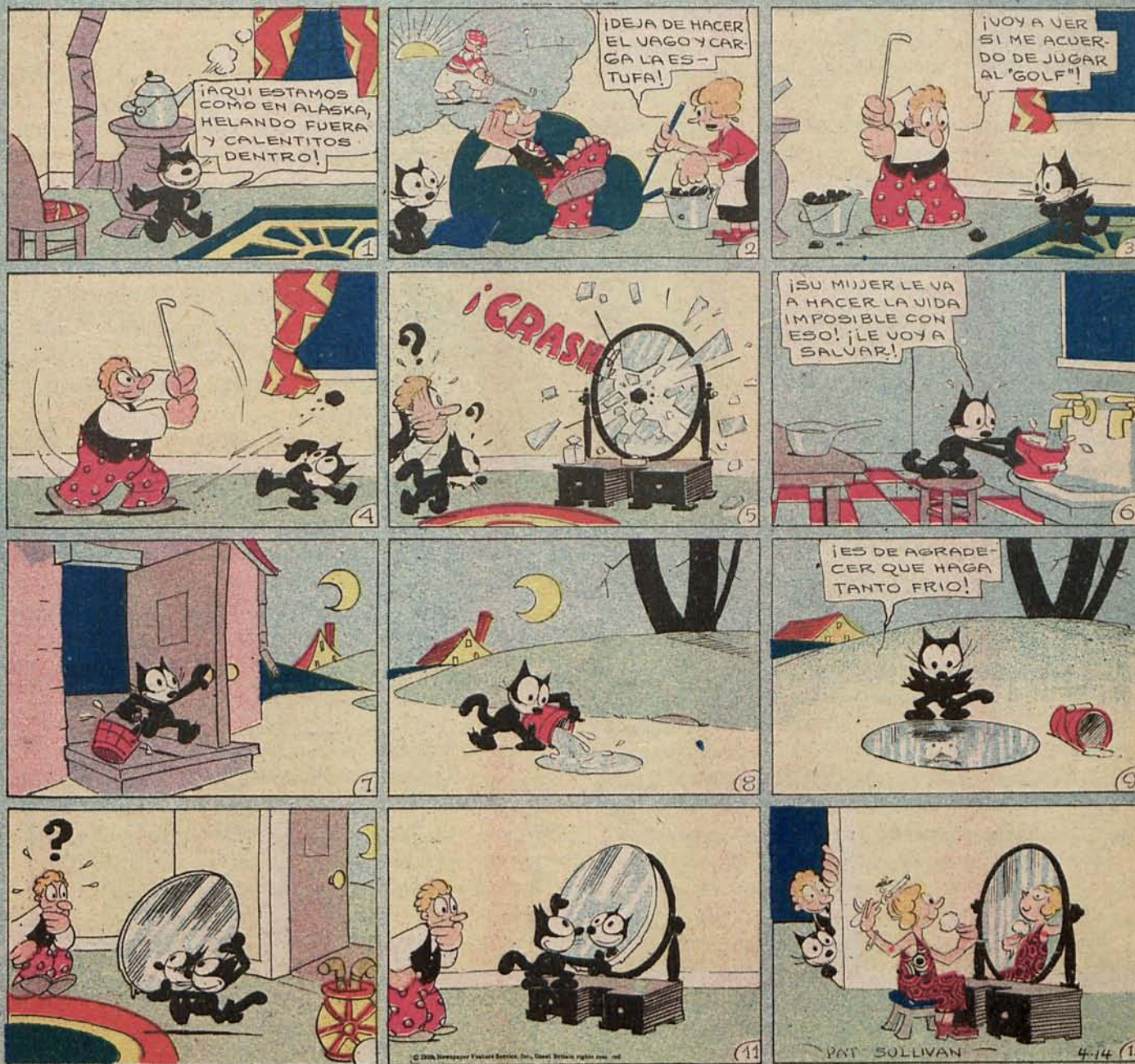




**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL HADA DE LA ENCINA

Casilla



N una cabaña situada en medio de un bosque vivía un pobre leñador en compañía de su mujer y de tres hijos, que se llamaban Conrado, Augusto y Teobaldo.

Un día el padre se sintió enfermo: llamó a sus hijos, y les dijo:

—Mañana tengo compromiso de entregar al mayordomo de Palacio seis haces de leña: estoy enfermo, y no puedo salir a cortarla. Coged vuestras hachas, y en el centro del bosque encontraréis una gruesa encina: derribadla, partidla, y de ella formad seis haces, que llevaréis al mayordomo, el cual os dará por ellos ocho duros.

Conrado y Augusto cogieron sus hachas refunfuñando; Teobaldo sin decir nada tomó también la suya, y se fueron los tres al bosque.

Conrado eligió un árbol endeble para no trabajar mucho, y a él dirigió los golpes de su hacha; pero al desgajarse una rama del arbolillo salió de éste un gigante, que dijo a Conrado:

—¿Por qué me maltratas? ¿Qué daño te he hecho?

—¡A fe mía—contestó Conrado—que no pensé que, siendo tú tan grande, habitaras en ese árbol tan mezquino, del cual intento sacar dos haces de leña para llevarlos a vender al mayordomo de Palacio!

—Pues bien—dijo el gigante—; yo te ahorraré el trabajo. Pero no hagas daño a ese árbol: toma esta espada, y te prometo que todo cuanto con ella toques se hará pedazos.

Conrado cogió la espada, y derribó tres o cuatro árboles, que fácilmente convirtió en astillas, con las cuales hizo seis grandes haces.

Augusto, en lugar de trabajar, se sentó debajo de un árbol y se puso a escribir versos. Al marcharse cogió el hacha y la clavó en un chopo, que profirió un quejido lastimero.

—¿Qué te he hecho—dijo el quejumbroso árbol—para que me trates así?

—Verdaderamente—contestó Augusto—, nada me has hecho; pero mi padre me ha mandado cortar leña de la encina del centro del bosque, y, como tu madera es más blanda, te he preferido.

—Pues bien—repuso el chopo—; no me toques más, y toma en pago esta pluma.

Y al decir esto cayó al suelo una pluma de águila.

—Con esta pluma podrás hacerte rico y poderoso y escribir cuantos versos quieras, que serán la admiración de los que los

leyeren: sólo te encargo que no los emplees en la adulación, sino en elogiar la virtud.

Teobaldo cumplió el mandato de su padre: llegó a la encina y empezó a dar hachazos; al tercero se abrió el árbol, y salió de él un hada cubierta con vestido de plata guarnecido de hojas de encina, y le dijo:

—Sé que, obediente y cumpliendo el mandato de tu padre, has venido a hacer leña al bosque; pero tú no sabías que yo habitaba en esta encina y que este bosque es encantado. Para remediar las necesidades de tu familia, toma esta bolsa de oro y esta ramita. Siempre que tengas necesidad de alguna cosa, ven al bosque, toca con ella la encina, y yo saldré para satisfacer tus deseos.

\*\*\*

Muy contento el joven Teobaldo, marchó a su cabaña, refirió al padre lo que le había sucedido, y le entregó la bolsa para remediar sus necesidades. Al poco tiempo entraron sus hermanos, y también refirieron lo que les había sucedido: cogieron las cargas de leña los tres, y fueron al Palacio.

El mayordomo recibió la leña y fué a pagarla; pero Conrado le dijo:

—Yo no quiero dinero: quiero que me presentes al Rey, y hacerme soldado.

El segundo, o sea Augusto, manifestó que su deseo era quedarse en Palacio y poder leer al Rey una composición en honor de Su Majestad.







¿Y tú?—dijo al pequeño Teobaldo.

—Yo quiero el precio de la leña para llevárselo a mis padres, de los cuales no quiero separarme; pero, ya que sois tan bueno, os pediría que me colocarais en un sitio donde, sin ser visto, pudiera ver a la Princesa, hija del Rey, a quien el pueblo llama por su belleza *Rayo de luz*.

El mayordomo satisfizo el deseo del joven.

Conrado entró a servir como soldado en la guardia del Rey; Augusto leyó su poesía, y obtuvo en premio una plaza en los archivos de Palacio; y el pequeño logró ver a la Princesa *Rayo de luz*, y quedó perdidamente enamorado de ella; pero salió de Palacio y fué a casa de sus padres.

Desde aquel día Teobaldo no hizo más que pensar en la Princesa y en los medios que podría emplear para ser su esposo.

Paseándose por el bosque, pensaba que nunca el Rey consentiría en casar a su hija con el hijo de un leñador; y acordándose de la ramita que le había dado el hada, se dirigió a la encina, y dió los convenidos golpes en el tronco del árbol.

—¿Qué quieres?—preguntó el hada.

—He visto a *Rayo de luz*, la hija del Rey, y estoy enamorado de ella—respondió Teobaldo—; pero el Rey no me la dará por esposa.

—Vete a Palacio—le ordenó el hada—, preséntate al Rey, y pídele la mano de su hija. El Rey te pondrá tres condiciones que no puedas cumplir; pero con la ramita que te he dado ven, toca en la encina, y te daré los medios de conseguir tu deseo.

Y le dió otra bolsa de oro para que pudiera vestirse a su placer.

Equipado lujosamente, se presentó Teobaldo al Rey, y le hizo la petición que le preocupaba.

—No tengo inconveniente en darte a mi hija por esposa, siempre que traigas la azucena que florece en los jardines del castillo de bronce, la esmeralda que lleva en su joyel la dueña

de aquel palacio, y el anillo que tiene puesto en el dedo del corazón, la estatua que hay en el salón de recepciones del mismo castillo.

—Prometo a Vuestra Majestad hacerlo todo por lograr la mano de la Princesa—dijo Teobaldo.

Al día siguiente el joven leñador llegó al bosque, y con la ramita golpeó tres veces la encina. Salió el hada, y dijo a Teobaldo:

—El Rey te ha pedi-

do tres cosas que son difíciles de conseguir, pero que tú lograrás si haces puntualmente lo que voy a encargarte. Llama con la ramita a la puerta del castillo. Se abrirá: entra; oirás voces lastimeras: no hagas caso; te llamarán: no atiendas; llegarás al jardín en el cual verás frutas orladas de brillantes y rubies, rosas cubiertas de perlas, y en uno de los ángulos, la azucena consabida: la cortas. Pero ten cuidado de no coger fruta ni flor alguna más que aquella azucena. Saldrá a recibirte la dueña del castillo, y con mil halagos te obsequiará, y querrá que te sientes a la mesa con ella: arráncale el joyel, y dirigiéndote después a la estatua, le



quitas el anillo; te encaminas a la puerta, la tocas con él, y se abrirá; a la salida encontrarás un caballo, que ligero te pondrá a las puertas del palacio del Rey. Aunque sientas que te persiguen, no vuelvas la cabeza, pues de faltar a alguno de estos requisitos, quedarás convertido en estatua de piedra, como otras muchas que verás alrededor del castillo.

Teobaldo hizo fielmente lo que el hada le había encargado, y pudo volver al Palacio del Rey, el cual, en vista de que había salido triunfante de las pruebas exigidas, le llevó al cuarto de su hija *Rayo de luz*, y poniendo a los pies de la Princesa la azucena, el joyel y el anillo, aquélla le recibió por esposo.

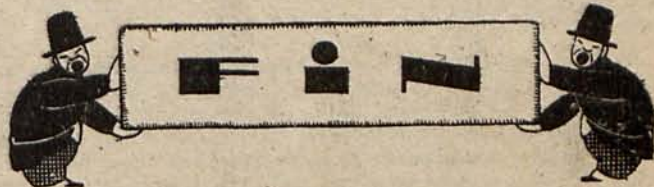
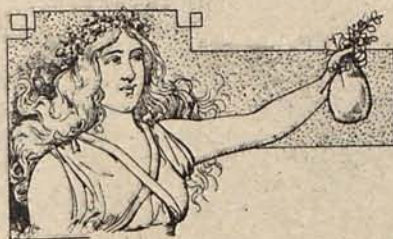
Los padres de Teobaldo fueron llevados a Palacio, y vivieron largos años felices en compañía de su hijo y de *Rayo de luz*.

Conrado sirvió fielmente al Rey, y con su espada hizo en su favor mil hazañas, que le valieron el grado y los honores de general.

Augusto escribió la Crónica de su época, y compuso muchas poesías en elogio de su hermano, del Rey y de la Princesa.

\*\*\*

El hijo obediente es siempre recompensado, atrayendo del Cielo bienes para sí y para su familia.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy curioso Chonón?  
—Hoy quiero que me digas cual es el túnel más largo que hay en el mundo, querido bnho.  
—Desde luego, el del Simplón.  
—¿Dónde está ese túnel?  
—En los Alpes. Une la república suiza con el reino de Italia. Este túnel, además de ser el más largo del mundo, es también el más profundo, el que ha costado más dinero, y el más maravilloso de los concebidos y realizados por el ingenio humano.  
—¿Te parece bien que dediquemos a él nuestra charla de hoy?  
—Me parece admirable. No has podido escoger tema que encumbre más la fuerza de la inteligencia humana.  
—Ni que despierte más mi curiosidad. Tienes la palabra,  
—El túnel del Simplón, llamado así por perforar la enorme mole montañosa de este nombre, fué terminado en 1906 después de ocho años de incesantes trabajos y penalidades que sufrieron durante noches y días diez mil obreros. Tiene veinte kilómetros de longitud y la masa rocosa que soporta sobre su bóveda alcanza en algunos sitios dos kilómetros de altura.  
—¿Está muy alto?  
—Por su parte media se halla a setecientos metros sobre el nivel del mar. En su construcción se tropezaron con innumerables dificultades. A cada paso surgía una sorpresa, un obstáculo, un grave peligro, casi invencible. Las rocas se perforaban con máquinas eléctricas y luego el espacio abierto por la perforadora se rellenaba de dinamita que al estallar hacia saltar en pedazos las entrañas de la montaña.  
—¿No me dijiste en otra ocasión que el calor va aumentando a medida que nos vamos internando en el seno de la tierra?  
—Y así ocurrió en la construcción de este túnel. En algunos puntos llegaron a encontrar temperaturas de cincuenta y seis grados y corrientes de agua hirviente.  
—¿Y podían resistir los trabajadores este calor tan horroroso?  
—Pudieron resistirlo gracias a los ingeniosos procedimientos que se pusieron en práctica. Se instalaron potentes máquinas que desde fuera enviaban al interior corrientes de aire fresco y agua pulverizada que refrescaba el ambiente y hacía posible la vida del obrero. Dentro del túnel se encontraron ríos y lagos subterráneos; unos de agua caliente y otros sumamente fríos.  
—Se inundaría el túnel ¿no te parece?  
—En más de una ocasión quedaron anegadas las galerías, pues llegaron a tropezar con caudales que arrojaban más de cien mil toneladas de agua por

cada veinticuatro horas. Por medio de un potente sistema de drenaje se consiguió en un plazo de seis meses evacuar toda la masa líquida del túnel. En estas condiciones de cambios constantes de temperatura, humedad, y aire viciado, el trabajo resultaba peligrosísimo y penoso en extremo.

—Costaría muchas vidas.

—No tantas como aquella índole de trabajo podía haber costado. Se dotó a los obreros de todo género de precauciones y comodidades. Vestían trajes impermeables y antes de entrar y salir del túnel habían de pasar por cámaras de atemperamento donde por medio de duchas de agua fría o caliente se les evitaban los peligrosos efectos de los bruscos cambios de temperatura. Hay que tener en cuenta que el interior del túnel ardía como un horno y en el exterior azotaban las heladas ventiscas de los Alpes. Además como el aire en aquellas profundidades estaba completamente viciado y era irrespirable, se introducían en el túnel por medio de máquinas apropiadas corrientes de aire puro que mantenían el interior en buen estado.

—¿Cuál fué la mayor dificultad con que tropezaron?

—La que surgió después de una de las operaciones de drenaje. Cuando el túnel quedó casi limpio de agua. De pronto las rocas que estaban barrenando empezaron a ponerse muy calientes y manaban de ellas chorros de agua abrasadora. Las rocas fueron resquebrajándose, los obreros, advertidos del peligro, tuvieron tiempo de huir y pronto asomó por la boca del túnel una impetuosa corriente de agua humeante que desembocaba cerca de millón y medio de litros por hora. Pasados algunos días, fué decreciendo la corriente hasta que contrarrestándola con otra de agua fría enviada desde el exterior permitió la entrada a los obreros y la prosecución en el trabajo.

—¿Trabajaban todos por el mismo lado?

—Por los dos extremos del túnel se empezaron las obras y así se continuaron. Unos por el lado de Suiza y otros por el de Italia. Al fin un día, cuando llevaban ocho años de trabajo, después de volar un barreno de dinamita se abrió un agujero en la roca de unos dos metros de ancho que comunicaba las dos galerías abiertas desde extremos opuestos.

—¿Qué alegría sentirían!

—Inmensa. Se rompieron unas botellas de champagne y se unieron en fraternal abrazo los obreros de uno y otro país. Al cabo de un par de meses de este acontecimiento, se celebró en el mismo sitio del túnel otro no menos entusiasta. El presidente francés y el rey italiano se encontraron en dos trenes que al fundirse en uno solo recorrieron en toda su longitud ese maravilloso túnel del Simplón que perfora las entrañas de los Alpes.

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Manuel Torroba.
- Segundo premio.—Rafaelito Ayllón.
- Tercer premio.—Faustinito Castro.
- Cuarto premio.—Rosario Sotina.
- Quinto premio.—Pilar Rojas.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Manuel de las Heras, Simón García, Joaquín Roncol, Leandro Vicente, José M.<sup>a</sup> Cascos, Julio Farge, Aniceto Tortuoso, Felipe Patallo, Dimas D'Hhippart, Carmencita Lozano, Genaro Bisbal, Casto Gómez, Rufo López, Gabrielito Corredeira, Pedro González, Pepita Fernández, Mateo Martínez, Rosario Galván, Aurea Mos, Teodoro A. Cárcamo, Vidal Argüello, Lázaro Argüello, Juan Bretón y Pilar Olivares.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Amparo Zatarain.
- Segundo premio.—Juan J. Argudín.
- Tercer premio.—Humberto González.
- Cuarto premio.—M. Hidalgo.
- Quinto premio.—Luis Vidal Ribas.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

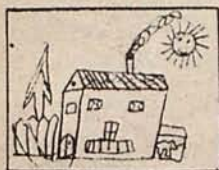
Consuelo Santurún, Enrique Benedicto, Mari-Lola Brigan, Paquito Cienfuegos, Felipe Figueroa, José Brusques, Juan Noya, Paquita Carreño, Lolita Fernández, Esperanza Debora, Antonio Moreta, Rosario Losada, A. Arboix, Elvira Serrano, Chaso Gross, Emilio Arijá, M.<sup>a</sup> Luisa Cabello, Bernardino Espinosa, Benigno Piquero, J. A. Herrero, Julio Alonso, Amalia R. Wleichert y Josefina Zerbina.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE SETIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



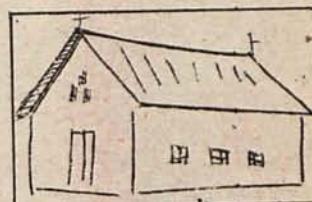
La casa de Pinocho  
Pepe Luis Alejandro  
9 años



Don Turulato enfadado  
José Moya,  
9 años



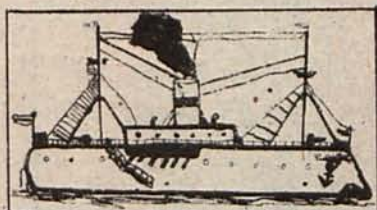
Mi prima  
C. Quiroga  
9 años



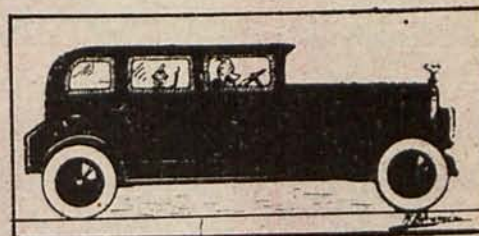
Barraca.—Ricardo Gordo



Un chico glotón. Claudio Navarro



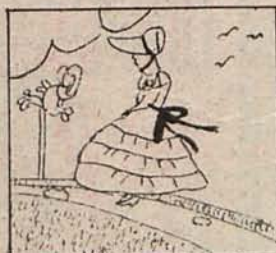
Acorazado de Pinocho.—R. Pillado



De viaje.—A. Estremera



De viaje  
Josefina Alvarez



Dama antigua  
A. Arrieta, 9 años



Mi pandereta  
Amalia B. Wiechers



Un bandido  
Javier Fernández



Mi caballo  
Tomás B. S.



Un boy-scouts  
S. Rodríguez  
12 años



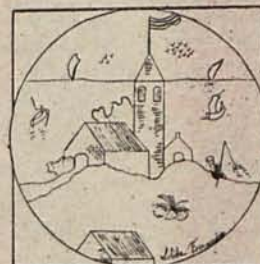
De paseo en barco  
Enriqueta González, 6 años



Caricatura  
Amalia Villacampa



Pinocho y Colorín  
Luis Gabriel



Paisaje.—Lolita Fernández



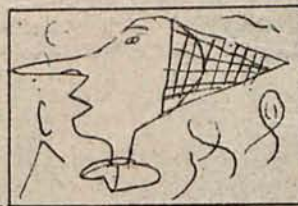
¿Quién es?  
J. A. Urgallo



Currinche  
A. Morán, 10 años



Guardia  
Santiago Rodríguez, 12 años



Mi amigo  
Manuel Benavente, 12 años



Día de feria  
Javier Fernández



Don Turulato  
Luis Gabriel



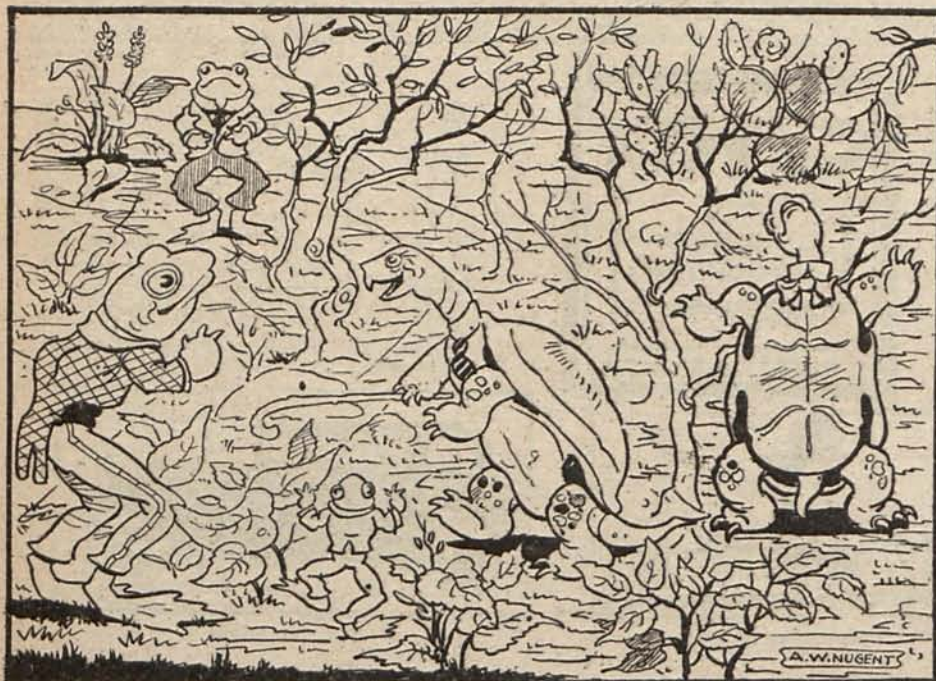
Barbilón  
Antonio Pombo



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS PALOMAS DE MENOYO



## LA IDEA DE LE MOUCHOIR



¿No habéis oído hablar de las palomas de Menoyo? ¿No? ¡Parece mentira!

El nombre de Menoyo ha sido pronunciado durante generaciones enteras ora con admiración, ora con burla...

¿Qué por qué? ¡Ah! ¿pero de verdad no lo sabéis? Pues escuchad la triste historia.

Menoyo tenía un palomar. Del palomar se le escaparon dos palomas, las palomas fueron a un campamento de tortugas donde se ocultaron: ¿Podréis encontrarlas?

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES DE SETIEMBRE. **237**

Envío del Pinochista D. ....

En el siglo XVII los nobles tenían muy poco que hacer y se entretenían en inventar pasatiempos con que distraer sus ocios. Un día, un tal Le Mouchoir, hombre ingenioso y avisado ideó el que sigue:

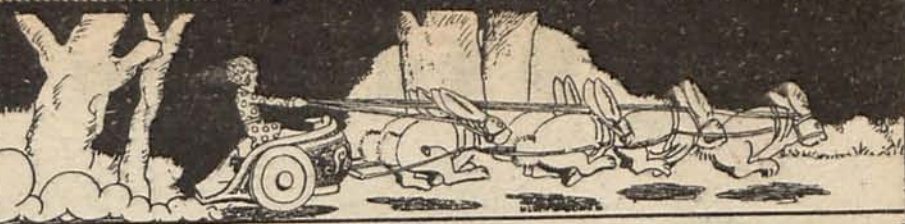
—Colocad once monedas sobre una mesa, quitad cinco y dejad nueve.

Nadie supo descifrar el problema de Le Mouchoir, pero sospecho que vosotros seréis más diestros que aquellos indolentes nobles del siglo galante, y lograréis solucionarlo. ¡Mano a la pluma!



# ANITA

## BUEN-CORAZON





# SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... gastronóma

## ¿Y SI COMIÉRAMOS FLORES?



Pepín, el hermano pequeño de Luisita (he aquí por casualidad un nombre de Pirulinda que no necesita traducción ni explicación) cuando le preguntan lo que quiere ser, contesta:

—Quiero ser gastronóma, para ver la luna por un tubo muy grande. ¡Si será bobo Pepín! Los que miran la luna por un tubo muy grande llamado telescopio, y a quienes les encanta ver las estrellas (siempre que no sea porque les pisen un callo o se den un golpe en el codo) son los astrónomos.

En cambio los gastronómas se preocupan de algo que no es del cielo sino completamente de la tierra; de la alimentación.

Bien claro lo dice la palabra gastronomía; en fin, lo dice claro para los que saben algo de griego y están enterados de que en ese idioma el vientre se llama *gaster*, y *nomos* quiere decir leyes; de suerte que la gastronomía son las leyes del vientre.

¿Os hace gracia eso de que *gaster* significa vientre? Pues ya estoy viendo a cualquiera de mis Pirulindas—de las pequeñas, naturalmente—después de una comida excesivamente copiosa, gimiendo: «¡Ay! mamina, que me duele el *gaster*».

Quedamos en que Pepín lo que quiere ser es un astrónomo; en cambio, Luisita entiende la astronomía con una *g* por delante; es decir que a ella le interesa la gastronomía en todos sus aspectos.

La interesa primero comer muy buenas cosas; pero como es una personita reflexiva, le interesa también tener explicaciones acerca de lo que come.

Ocupa sus dientes, su paladar y su estómago en masticar, saborear y digerir los alimentos, pero ocupa también su cabecita en pensar y su boca en preguntar. Y una de sus preguntas favoritas es la siguiente:

—¿Cómo será que con el tiempo van cambiando todas las cosas menos las de comer? Porque antes la gente iba en carrozas, y se alumbraba con velas o con quinqués, y se comunicaba por medio de cartas nada más, y ahora vamos en tren, o en auto, y la luz es eléctrica y nos telegrafiamos y nos telefonamos; y sin embargo seguimos comiendo siempre las mismas cosas. ¿cómo no se inventarán nuevas viandas, como se inventan cosas nuevas para todo?

¡Ved qué gran pensadora está hecha Luisita! Y tiene un poco de razón; pero no la tiene del todo.

¿Acaso comemos ahora lo mismo que en los primeros tiempos de la creación? En aquella época que se llama prehistórica, es de suponer que los hombres no comían ni carne ni pescado. Seguramente transcurrieron muchos cientos o miles de siglos antes de que aprendiesen a fabricar armas para matar a los animales y lumbre para cocer su carne; antes, tenían que contentarse con hierbas y frutas silvestres.

Pero es cierto que desde hace muchos siglos, se comen poco más o menos las mismas carnes, los mismos pescados, las mismas verduras, y frutas aderezadas casi igual.

Y la alimentación no cambia como cambian los medios de alumbrado o de locomoción, o los trajes o las costumbres. Un huevo frito o un filete de ternera del tiempo de las diligencias debía de saber exactamente igual que los que se comen hoy, en este siglo de los aeroplanos. No deja de tener razón Luisita al sorprenderse por ello.

Y pensando, pensando se le ocurre preguntar: «¿Por qué no comemos, por ejemplo, flores?»

Claro está que comemos golosinas con perfume de rosa y hasta unos bomboncitos de azúcar, morados, que parecen violetas y a violeta saben; pero eso de comer las flores mismas es una ocurrencia que...



Pues es una ocurrencia que no es ninguna tontería. Ya véis, en el Japón se hacen ensaladas de alelíes y de jacintos y de guisantes de olor, ni más ni menos que nosotros las hacemos de lechuga flamenco, de escarola o de berros. En Méjico se aprecian mucho las raíces de dalia, con salsa picante.

Para los turcos, pocas cosas hay tan sabrosas como las flores de crisantemo, aderezadas con aceite y miel.

Y un sabio francés acaba de escribir que con rosas se hacen unas ensaladas estupendas y que ninguna tortilla vale tanto como la de flores de melocotón y flores de azahar, con champán, sobre todo si se han batido los huevos con una rama de mirto.

¿Qué, Pirulinditas queridas, os animáis a haceros «florófagas»? o sea a comer flores? ¿Qué tal sabrá un estofado de claveles con lilas fritas? ¿Y albóndigas de narcisos con violetas escabechadas? ¿Y geranios, con salsa mayonesa? ¿Y mermelada de heliotropos?

Después de esta charla que acabamos de tener, yo no me atrevería a confiaros un ramo de nardos, no se os fuera a abrir el apetito y os diera una tentación de golosina.

Ahora que, la verdad, las flores, prefiero que sirvan para otras cosas; por ejemplo, para perfumar a las mamás, para adornar las habitaciones y los balcones y los jardines, o para servirnos de modelos de labor.

Pero no me puedo ocupar de las flores desde otros puntos de vista hasta el domingo que viene. Hoy soy gastronóma exclusivamente.

Y como gastronóma, os confieso que para rellenar un pastel de hojaldre prefiero un picadillo de ternera a uno de pétalos de rosas; y para saciar el hambre, me parece más apetecible un bocadillo de jamón que de jazmín.

Claro que yo de todo esto hablo de oídas; a mí no me apetece ni unas cosas ni otras, puesto que las muñecas no comemos nada; no tenemos ni dientes, ni *gaster*.

**PIRULA REPOSTERA.**—*Natillas de flor de azahar.*— Todavía no ha llegado el momento de comer flores (ni sé si llegará nunca) pero en todo caso se utilizan ciertas flores en algunas recetas de repostería. Por ejemplo, se hacen buñuelos con flores de acacia. Y nosotras vamos a hacer en seguida unas riquísimas natillas en cuya confección entra una flor: la flor de azahar.

Se pone a hervir medio litro de leche con cien gramos de azúcar; cuando ha hervido, se retira de la lumbre, se vierte en ella una cucharada de agua de azahar y se deja enfriar.

Se baten aparte tres yemas de huevo y una clara y se echan en la leche, ya fría, a la vez que se agita ésta. Luego, se cuela por un colador muy fino y se llenan unos tarritos o una fuente honda que se ponen en el horno, o al baño de María.

